

EL LOBO ROJO

Érase una vez un lobo llamado Rubí, vivía en el bosque con toda la manada, pero no se sentía feliz. Se sentía diferente, en realidad, era diferente. Era un lobo rojo, no rojizo como sus primos los zorros, no, era rojo como una cereza. Por eso todos los lobos se reían de él.

Un día, harto de las risas de sus compañeros de manada, decidió marcharse. Anduvo, anduvo y anduvo hasta que la noche se le echó encima, llegó a una charca, bebió un poco de agua y se quedó dormido debajo de un árbol.

A la mañana siguiente le despertó la algarabía de unas ranitas que jugaban cerca de la charca. Al verle las ranitas no se asustaron ni se rieron de él, porque ellas tam-

bién eran diferentes, no eran verdes sino amarillas, azules y rojas. Enseguida se hicieron amigos y pronto conocieron a otros animalitos de graciosos colores, los conejitos y los ositos, que eran más mayores.

Todos resultaron ser muy curiosos, querían aprender muchas cosas (incluso a manejar unos raros aparatos que ellos llamaban ordenadores). Rubí les prometió quedarse con ellos y enseñarles todo lo que sabía. A la vez él aprendió muchas cosas de sus nuevos amigos.

Cuando empezó el otoño probó con los conejitos los frutos de esta estación y con los conejitos y sus mamás comió unas deliciosas tartas que ellos mismos hicieron.



U E N T O

Pasó un poco de miedo en la fiesta de Halloween, en la que los ositos se disfrazaron de calabazas. Pero esa no fue la única vez que sus amigos cambiaron de forma, porque en otra ocasión las ranitas se convirtieron en mariquitas ciegas, los conejitos en dálmatas y los ositos en feroces tigres. Eso de transformarse debía ser muy cansada, porque algunos se quedaban después dormidos.

Rubí se lo pasaba tan bien que perdió la noción del tiempo y, de repente, sin que se diera cuenta, llegó el invierno, fue su amiga la nieve la encargada de anunciárselo. Por esas fechas sucedió algo maravilloso: tres majestuosos seres, con largas capas y brillantes coronas fueron a visitarles y a recoger unas cartas en las que antes habían escrito sus deseos. El lobito había pedido que nunca más se rieran de él.

El día que se reunieron todos, ranitas, conejitos y ositos, para celebrar el Día de la Paz, Rubí se dio cuenta de que sus amigos, a pesar de su pequeño tamaño, tenían un corazón más grande que el de un elefante. Y en su propio corazón sintió que tenía que volver con la manada y procurar que entre sus semejantes nunca más hubiera luchas.

Entonces regresó Como había aprendido tantas cosas, ya nunca más se rieron de él y todos se dieron cuenta de que el color no era lo importante y Rubí fue siempre feliz. Y colorín colorado..... ¡Ah! Y Rubí jamás olvidará a esos pequeños que tanto le enseñaron, y por eso se quedó con ellos.

